

tenerlos exasperados el hecho de que su bandera no haya sido colocada en Veracruz y en San Juan de Ulúa junto a las enseñas de las tres potencias. El argumento es de buena ley. Si no vienen en son de conquista, ¿por qué prescindir de la enseña de la patria? Prim, seguramente sorprendido por la queja, responde sin mucha fortuna:

“¿Cómo habíamos de enarbolar la bandera mexicana, si se fueron ustedes todos y no quedó quién le hiciera la guardia y los honores debidos?”.

El mismo Prim, al confiar al ministro de Estado este incidente, escribe que el guerrillero pareció calmarse ante esta “ridícula razón, y se retiró”. En esto se equivocaba Prim, pues ni se calmó el guerrillero ni se retiró resignado. Su proceder, de aparente conformismo, no era otra cosa que un hábil recurso: sus fuerzas, y con ellas casi todas las del país, iban a sumarse sin tardanza en el máximo esfuerzo de la resistencia.

Tampoco hacia Medellín encontraron los ejércitos de la triple alianza oposición alguna y, mientras los cuerpos de ingenieros reparaban una maltrecha vía férrea que unía Tejería y Medellín con Veracruz, los plenipotenciarios se reunieron de nuevo para esbozar los planes a seguir en la arriesgada empresa que habían iniciado.

LAS PRIMERAS CONFERENCIAS

Hasta aquí, las reuniones de los representantes aliados habían transcurrido en perfecta armonía: ninguna diferencia profunda hacía presentir el desacuerdo que no tardaría en producirse; pequeños incidentes, como, por ejemplo, la resistencia inglesa a mandar parte de sus tropas hacia Tejería y Medellín, fueron resueltos sin grandes dificultades. Existía un deseo inicial de inteligencia, probablemente emanado de las órdenes de los gobiernos de Francia e Inglaterra a sus representantes —ya hemos visto lo que se encarecía a Prim por parte de España— que facilitaron las operaciones. No hubo tampoco ningún inconveniente al nombrar los emisarios que habían de trasladarse a la capital con la nota colectiva al gobierno de la República, ni en la proposición de solicitar del general Uruga —que contestó favorablemente— una escolta mexicana para que los comisionados pudiesen llegar a la ciudad de México sin contratiempo alguno. La elección de Prim recayó en el brigadier catalán Lorenzo Miláns del Bosch y en el primer comandante José de Argüelles. Se había acordado también, como antes dijimos, que junto a la nota colectiva las tres naciones presentarían al gobierno de México sus reclamaciones respectivas. Todo parecía muy conforme a las instrucciones, cuando Prim, receloso por ciertos antecedentes de la intriga francesa —y probablemente obrando bajo el estímulo de una carta que recibió en Veracruz de su paisano el marqués de Guad-El-Jelú, en la que se leía, como una adver-

tencia: *El francès ^{te} et fa vent, aferra't*¹—, convocó una nueva reunión para que se leyera las reclamaciones, con el fin de que cada una de las potencias tuviera idea de las exigencias de sus aliados.

Las de España se reducían al nombramiento de un representante de México en España para dar satisfacciones a los ultrajes recibidos; al cumplimiento del tratado de paz Mon-Almonte, y a la indemnización de los perjuicios causados a los españoles. Las de Inglaterra eran ya de mayor monta: se pedía en ellas el cumplimiento de un convenio mediante el cual se destinaba el cuarenta por ciento de la renta de aduanas para satisfacer la deuda inglesa, que importaba cincuenta millones de pesos; el pago inmediato de seiscientos cincuenta mil pesos, suma extraída del consulado inglés de San Luis Potosí y de la legación en México, y el reconocimiento de las reclamaciones que resultaran justas.

Cuando el almirante Jurien de La Gravière leyó las reclamaciones de Francia, escritas por Saligny, ni Prim ni los representantes ingleses pudieron disimular su asombro, que se convirtió en severa crítica por parte de Charles Wyke y Hugh Dunlop. En ellas se exigía: doce millones de pesos en calidad de perjuicios; derecho del ministro francés en México, o sus delegados, a intervenir en la administración de justicia siempre que un súbdito de S. M. Imperial fuese parte en la querrela; admisión en las aduanas de la República de delegados franceses para garantizar el pago de los créditos que se estipulasen, con la particularidad de tener estos delegados autoridad para rebajar el arancel a su criterio, y —cosa en sobremana injusta— el cumplimiento del tratado celebrado entre el presidente Miramón y la casa Jecker. El contrato, como hemos visto con anterioridad, era vergonzoso para México

¹ El francés te hace aire; afirmate.

y no había ni la más remota posibilidad de que el gobierno de Juárez aceptara un compromiso deshonoroso; ni el gobierno de Juárez “ni otro alguno que entrase a regir los destinos de México”, como observaba Charles Wyke, quien añadía airado: “El hecho solo de exigir su cumplimiento será bastante para que los mexicanos rompan todo trato con los aliados, pues preferirían todas las consecuencias de una guerra desigual a la ignominia de acceder a tan injusta pretensión”¹. La conferencia hubo de suspenderse sin acuerdo, debido a la actitud decidida de los representantes de Inglaterra, mientras Prim —cosa en verdad sorprendente— afirmaba no conocer a fondo el asunto, y Jurien de la Gravière estar poco enterado de la reclamación. No hubo, pues, inteligencia posible. Se había presentado el primer obstáculo serio a la armonía entre los aliados. La desavenencia, como escribía el mismo Prim, había “paralizado por un momento la buena marcha de las negociaciones y nos ha tenido en gran conflicto”².

Prim comprendió inmediatamente que el juego francés consistía en presentar unas reclamaciones que se sabía de antemano que eran inaceptables, para entrar después en estado de guerra con México y arrastrar por este camino a España y a Inglaterra. Comprendió también —una vez en pormenores del asunto, después de una conferencia celebrada con Charles Wyke— que había que hacer entrar en razón a los representantes de Francia o exponerse a una paralización de gestiones, muy peligrosas porque pondrían de manifiesto claramente la desavenencia entre los aliados y podían determinar, por lo tanto, en el gobierno de Juárez una actitud y un proceder distintos. Convocó,

¹ Estos datos están sacados del informe mandado por Prim al ministro de Estado español, fechado en Veracruz el 14 de enero de 1862. En su discurso en el Senado (10 de diciembre de 1862) señala la suma reclamada en un total de cincuenta millones de duros.

² Informe de Prim al ministro de Estado (14 de enero de 1862).

Ja ja!
risum
tenetis!

pues, una nueva reunión —14 de enero— que se prolongó más de cuatro horas sin lograr acuerdo alguno: los representantes ingleses insistieron en sus puntos de vista, mientras los de Francia alegaban no tener autoridad suficiente para modificar las conclusiones que presentaba el gobierno de Su Majestad Imperial. Charles Wyke, cansado ya, declaró terminantemente que la petición francesa era inadmisibles por la sencilla razón de que cualquier gobierno preferiría la guerra antes que la humillación que representaba aceptarla, y aseguró además “que las armas de Inglaterra no sostendrían jamás tamaña injusticia”. Hubo entonces que buscar una solución rápida, porque desde la mañana y en las afueras de Tejería, estaba ya aguardando la escolta mexicana que había de acompañar a los designados por los plenipotenciarios aliados hasta México, con la nota redactada y las exigencias de los gobiernos. Prim, sin intervenir mucho para sortear este primer escollo, se inclinó decididamente a favor de los argumentos de Charles Wyke, quien estaba dispuesto a no mandar comisionado alguno a México si no se modificaban las reclamaciones francesas. “Confieso que por mi parte —escribía Prim al ministro de Estado español— no podía resignarme a que la influencia de esta noble y generosa nación y la sangre de nuestros soldados se empleasen en precipitar la ruina total de este desgraciado país, sosteniendo una reclamación tan injusta”.

Había tan sólo una solución posible, aunque se separase un tanto de las instrucciones dadas por los gobiernos de España, Francia e Inglaterra a sus representantes: la de enviar la nota a Juárez y aguardar momento más oportuno para las reclamaciones. Y como para presentar éstas era necesario que las de Francia fuesen modificadas, Saligny pediría nuevas instrucciones a su gobierno.

La nota —ya redactada por Prim, como hemos visto— volvió a ser estudiada y se hicieron algunas nue-

vas modificaciones, que afectaban tan sólo al hecho de no presentarse con ellas las reclamaciones de cada una de las potencias intervencionistas. Reclamaciones que, por otra parte, eran el motivo principal que había inspirado su redacción. En la nota se leía: “Tres grandes naciones no forman una alianza sólo para reclamar de un pueblo a quien afligen tan terribles males, la satisfacción de los agravios que se les hayan inferido; tres grandes naciones se unen, estrechan y obran en completo acuerdo para tender a ese pueblo una mano amiga y generosa que lo levante de la lamentable postración en que se encuentra, sin humillarle.

“El pueblo mexicano tiene su vida propia; tiene su historia y su nacionalidad; es, pues, absurda la sospecha de que entre los planes de las tres potencias aliadas está el de atentar a la independencia de México”.

“Por eso venimos a ser testigos y, si necesario fuese, protectores de la regeneración de México. Queremos asistir a su organización definitiva sin intervención alguna en la forma de su gobierno ni en la administración interior. A la República, sólo a ella, corresponde juzgar cuáles son las instituciones que más le acomodan a su bienestar y a los progresos de la civilización del siglo XIX”.

Así pudieron marchar los comisionados hacia México mientras en Veracruz iban a proseguir las conferencias y, con ellas, a surgir nuevos motivos de disgusto por la falta de comprensión. A Prim no dejaba de preocuparle haberse salido de las instrucciones que le había dado su gobierno: “Bien sé que esta resolución —la de mandar la nota sin las reclamaciones— no se ajusta del todo a las instrucciones de V. E., pero ¿qué podía yo hacer en presencia de tan imprevista complicación?” En efecto, era tan complicada la reclamación francesa, que trece días más tarde, y a pesar de haberse reunido muchas veces los plenipotenciarios, Prim exponía al ministro de Estado

español que todavía no habían podido ponerse de acuerdo los representantes en la cuestión de las reclamaciones¹, y solicitaba más amplios poderes para resolver las complicaciones por venir y que él presentía inevitables: "Si en lo sucesivo no se nos autoriza para resolver por nosotros mismos cuestiones de igual gravedad, nos veremos en el caso de perder un tiempo precioso en frecuentes y dilatadas consultas a los gobiernos respectivos".

¿Qué efecto produjo en Europa la noticia de haberse mandado la nota sin las reclamaciones? En Francia casi se consideró el hecho como una traición; en Inglaterra se aprobó la conducta de los representantes, y en España hubo juicios diversos y contradictorios, pues si bien Prim pudo afirmar más tarde en el Senado que "el gobierno se dignó aprobar la conducta de su plenipotenciario"², un documento dado a conocer últimamente por Emeterio S. Santovenia, nos revela hoy que O'Donnell, y con él su gobierno, no consideró muy acertado el proceder de Prim: "Estas —las reclamaciones— deben presentarse, y cualquiera que sea su naturaleza, los plenipotenciarios no están autorizados para examinar y menos decidir si son exageradas o no..."³.

Es indudable que en Francia se había proseguido la ofensiva contra el general Prim. En España empezaba a murmurarse —aunque fuera en voz baja— sobre su conducta. Se afirmaba que el deseo del plenipotenciario español de tomar contacto con el gobierno de Juárez obedecía a las ideas progresistas del general. La sospecha había de cobrar cuerpo hasta el extremo de ser recogida y

¹ Informe de Prim a Saturnino Calderón Collantes, fechado en Veracruz (27 de enero 1862).

² Discurso de Prim en el Senado (10 de diciembre de 1862).

³ Despacho de Calderón Collantes al Encargado de Negocios de España en Francia. (26 de febrero de 1862).

expuesta por el marqués de Novaliches ante el Senado, poco tiempo después.

A pesar de la nota a Juárez, en una de las conferencias se planteó entre los representantes la cuestión del gobierno que convenía a México. Esto equivalía a traicionar los propósitos expuestos por los delegados ante la nación mexicana y ante el gobierno de Juárez; pero como en el fondo de las reclamaciones y en el deseo de los gobiernos —especialmente en el de Francia— había una aspiración de régimen monárquico para México, los delegados intentaron engañarse mutuamente quitando importancia al arduo problema que, con cierto embarazo sin duda, se planteaban en Veracruz en aquella conferencia del mes de enero de 1862. La iniciación del tema correspondió —cosa en verdad sorprendente— al ministro inglés Charles Lenox Wyke, quien hizo —según el propio Prim— "alguna observación vaga sobre el asunto". A pesar de la vaguedad, el gran tema había sido puesto sobre el tapete y entre los plenipotenciarios ya no habrá un solo momento de sosiego.

Diríase que los representantes de Inglaterra, Francia y España estaban recelosos unos de otros, temiendo, sin duda, que chocasen las instrucciones que habían recibido de sus gobiernos respectivos con las de los otros representantes. Charles Lenox Wyke aseguraba que el gobierno de Su Majestad Británica vería con gusto el establecimiento de la monarquía en México. Jurien de la Gravière, más explícito, descubría el designio napoleónico, que era —esto no constituía ningún secreto, pero era necesario aparentarlo—, no sólo establecer una monarquía en México, sino colocar en el trono al archiduque Maximiliano. "Para favorecer esta candidatura —exponía el almirante—, Francia pondrá en juego todos sus medios de acción y hará uso de toda su influencia oficial y privada".

Tocaba a Prim exponer su opinión y la de su gobierno; pero hábil y, sobre todo, circunspecto, no quiso aventurar una declaración comprometedora, y expuso la conveniencia de no poner las manos todavía en aquella zarza de espinas. Sus argumentos fueron de buena ley, pero sin duda dieron a entender ya —desde aquel mismo momento— al representante de Francia que Prim iba a ser con el tiempo un grave obstáculo a la conjura francesa. No es que su exposición dejara de colocar las virtudes monárquicas por encima de las que pudiesen tener otros regímenes, ni tampoco que se declarara en contra de la idea; era, simplemente, que argumentaba sobre la oportunidad de las gestiones: “No estaría bien —decía— que tres naciones poderosas, después de haber declarado a la faz del mundo que no era su propósito, al enviar fuerzas a México, imponer ésta o la otra forma de gobierno, se anticipasen a los sucesos y, sin dar lugar a que una fracción respetable del país se pronunciase, diesen apoyo a un sistema con exclusión de los demás”. Y dirigiéndose en tono afable a Jurien de la Gravière, le hizo observar que, de seguir las instrucciones de su gobierno, iba él a ponerse en contradicción con las seguridades dadas por los plenipotenciarios a la nación y al gobierno mexicanos. Argumentó todavía a base de que un proceder semejante haría levantar al pueblo mexicano contra los ejércitos extranjeros. Lo más prudente era aguardar a que los grupos mexicanos se acercaran a ellos en demanda de auxilio, para sugerirles levantar bandera monárquica. “Esto nos conduciría al mismo fin, sin tropiezos ni dificultades”.

La habilidad de Prim impresionó quizás a los representantes ingleses; pero es casi seguro que no consiguió engañar a los de Francia. Al hablar así, Prim obedecía instrucciones de Calderón Collantes: “He logrado con estas razones —escribía al ministro— hacer entrar en mis

miras, que son las de V. E. y las de todo el gobierno de Su Majestad, a mis dos mencionados colegas, y ambos han convenido conmigo en esperar a que la marcha de los sucesos nos indique el momento oportuno para ejercer, no abiertamente, sino con la mayor reserva, nuestra influencia en la solución de una cuestión tan importante”. Que se proponía ya desde entonces obstaculizar los planes napoleónicos, lo pregona, por otra parte, el mismo documento: “Excusado es que diga a V. E. mi firme propósito de aprovechar cuantas ocasiones se me presenten de neutralizar las gestiones que practiquen los representantes de Francia”.

Aunque con lenguaje más diplomático, el mismo Calderón Collantes había expuesto este pensamiento al representante de España en París: “El gobierno de la Reina ha dicho repetidas veces, que si la presencia de las fuerzas combinadas produce el resultado de alentar a todos los hombres pudientes y medianamente acomodados, para que contribuyan a crear un gobierno sólido, se felicitará de ello; pero que éste es el límite hasta donde puede llegar la acción de los tres gobiernos, para alejar toda sospecha de que pretenden influir activa y directamente en los negocios internos de México”.

“Los límites fijados por Madrid a la acción de los invasores —ha escrito acertadamente Emeterio S. Santovenia— se aproximaban mucho más a los propósitos de Prim que a los de Bonaparte”¹. Pero ¿por qué tal actitud, este proceder radical, mucho más acentuado que el de Inglaterra, que se concretaba a decir que no tenía candidato para el trono de México? En el fondo había una tremenda e inconfundible cuestión de celos —no en Prim, claro está, pero sí en el gobierno español— por no haber hallado entre los miembros de la familia real un aventu-

¹ *Revista de Historia de América*. Trabajo citado, pág. 63.

tero romántico tentado por la corona de México, mientras que Francia había conseguido salirse con la suya y trataba de entronizar en la vieja Nueva España a un miembro de la casa de Habsburgo.

No resulta arriesgado afirmar que el proceder caballeroso de España obedecía, quizá, a la idea de hacer fracasar los planes napoleónicos, y pensamos aún que muy bien se hubieran podido trocar los papeles, y que Francia hubiera observado la actitud de España y España la de Francia, de haber sido un Borbón el predestinado al sacrificio. El gobierno español estaba casi al borde de la indignación, compartida también por Prim, exclusivamente a causa del candidato, y podemos comprobarlo en un informe del marqués de los Castillejos a Calderón Collantes en el que, hablando de la cuestión, expone lo siguiente: "Tendré siempre presentes las instrucciones verbales y reservadas de V.E., y más bien que pasar por la vergüenza de que una nación en que ejercimos dominio durante tres siglos, que nos debe su existencia, en que se habla nuestro idioma, venga a ser regida por un príncipe extranjero, trabajaré por que conserven los mexicanos sus instituciones republicanas..."¹ Que si el candidato hubiese sido español el proceder del gobierno de Isabel II y el de Prim hubieran sido distintos, queda demostrado de la manera más elocuente en este párrafo. Como también se demuestra que estaban harto justificados los recelos que Francia sintió desde un principio respecto al proceder de Prim.

Mientras tanto el gobierno de Juárez procuraba acrecentar el odio a los españoles. Mucho preocupaba a Prim el hecho, no sólo por lo que significaba en sí, sino porque era indudable que perseguía con ello la finalidad de entrar en arreglos con Francia e Inglaterra y rechazar de plano a España. Ello equivalía a la guerra, y la guerra no la

¹ Comunicación fechada en Veracruz el 19 de enero de 1862.

podía hacer Prim con los escasos hombres y material de que disponía. Todo aconsejaba prudencia a Prim, ya que una ruptura con Francia e Inglaterra hubiese representado, más que un desastre para España, el ridículo.

Y no obstante la prudencia de Prim, la habilidad de que hacía gala en el desarrollo de las conferencias y la constante atención que ponía en todos los asuntos, los incidentes se sucedían. Si el primero vino de las reclamaciones francesas, el segundo lo habían de provocar los representantes ingleses al presentarse en el puerto de Veracruz el ex presidente de México, general Miramón, para intrigar en favor de la causa de Maximiliano. Ya con anterioridad, en la conferencia del 25 de enero, los plenipotenciarios británicos habían declarado que no permitirían desembarcar en el puerto que dominaban, a un general que durante su gobierno había ultrajado a Inglaterra hasta el extremo de asaltar la residencia del representante de la Gran Bretaña. La discusión resultó tan violenta entre los plenipotenciarios de Francia y los de Inglaterra, que hubo necesidad de acordar, a propuesta de Prim, que el incidente no figurara en el acta. Resultó inútil que el mediador español observara a sus colegas ingleses que la misión de los representantes no era precisamente la de impedir la libertad de movimientos a los mexicanos, y que, por lo tanto, si la proposición inglesa prosperaba, nadie podría asegurar que la imparcialidad era la mira primordial de las potencias intervencionistas. Pero Charles Wyke no dió su brazo a torcer, y Prim tuvo que suplicar al capitán general de Cuba que aconsejara a Miramón que no intentase llegar a México por el puerto de Veracruz. La comunicación de Prim fué tardía: Miramón, que había embarcado ya, llegó a Veracruz el 27 de enero en el vapor "Avon", y antes de que el buque atracara en el puerto, una lancha inglesa, con fuerzas de la marina al mando de un oficial, llegaba hasta el "Avon", recibía

de él al ex presidente de México y lo trasladaba a una fragata de guerra.

Cuando Jurien de la Gravière y M. de Saligny se enteraron de este acto de fuerza, hicieron patente su indignación ante Prim. Este hizo todo lo posible para calmar los ánimos de los representantes franceses, convencidos de que las miras de Inglaterra no sólo iban a estorbar sus planes, sino que estaban inspiradas en finalidades distintas, por no decir contrapuestas. Efectivamente, Miramón levantaría la bandera de la monarquía, había estado en contacto con los franceses, y parecía el hombre indicado para hacer de títere en la farsa y convertirse en la voz y en la espada que impondrían a México al príncipe Maximiliano. No hemos de olvidar que Prim había propuesto que fueran los mismos mexicanos quienes reclamaran la monarquía, y que Francia —aunque a regañadientes— había aceptado su propuesta. Se comprenderá, por lo tanto, la indignación de sus representantes ante el fracaso de la primera oportunidad que se ofrecía para desarrollar sus planes de agitación monárquicos entre los mexicanos. Que fueran precisamente los representantes ingleses quienes los estorbaran, explica la “profunda irritación” —como decía Prim— de Jurien de la Gravière y de Saligny ante aquel atropello realizado en la persona de uno de sus más caros aliados.

El mismo Prim no dejó de sentirse molesto por el proceder de los ingleses, a quienes observó a propósito del incidente, en una conferencia convocada por él, “que sólo el objeto de ocultar a los ojos del gobierno mexicano hasta la apariencia de discordia, le había detenido de protestar de una manera solemne contra tal conducta”. “La situación —añadía en el informe a su gobierno— no puede ser más ardua y complicada, pobre (sic) para mí, que tengo que desempeñar la difícil tarea de conciliador entre dos naciones rivales, cuyos representantes no se

hallan muy de acuerdo con el fondo de algunas cuestiones. Hasta hoy he logrado conjurar la tempestad, pero no puedo responder de que nuestros aliados, movidos por intereses opuestos, sigan hasta el fin atendiendo a mi voz conciliadora, disimulando su antagonismo y caminando unidos al mismo objeto”¹.

Acordóse al fin, que Miramón volviera a embarcar en el mismo buque que lo había llevado a Veracruz y regresara a La Habana. Pero el “Avon” estaba en Tampico, y, en tanto retornaba al puerto, los ingleses mantuvieron detenido al general y más tarde —pretextando que algunos conservadores mexicanos habían tomado pasaje en el “Avon” para apoderarse del buque en alta mar y conducir luego a cualquier puerto de México al ex presidente— lo retuvieron en el navío de guerra, dejando que el “Avon” regresara sin él a La Habana. Hubo, como es natural, nuevas protestas de los franceses, secundadas esta vez por Prim, quien pidió una explicación de tan extraño proceder. Los plenipotenciarios de la Gran Bretaña adujeron el argumento de la conspiración², para justificar ante Prim la decisión tomada de trasladar al general mexicano a las Bermudas. Cuando Prim supo de este proyecto, no le faltaron argumentos para hacer comprender a Charles Lenox Wyke que aquello rebasaba ya los límites de la colaboración que se habían impuesto los aliados, y que era arriesgadísimo que cada uno tomara resoluciones tan graves como el secuestro de un ex presidente de México. Se salvó el incidente como se pudo, y Miramón —no sin pro-

¹ Informe de Prim a Saturnino Calderón Collantes. Veracruz, 28 de enero de 1862.

² Esto resultaba un poco absurdo, ya que, además de no existir una opinión favorable a Miramón, el único que podía intentar algo era el sacerdote Francisco Javier Miranda, que había llegado a Veracruz con el ex presidente de México. Miranda, a pesar de su vocación monárquica, no era hombre de acción y menos capaz de organizar un acto de rebeldía semejante.

testas de los franceses— fué trasladado de nuevo a La Habana —3 de febero de 1862— a bordo de la fragata inglesa "Phaeton".

A pesar de estas desavenencias, se alcanzaron algunos resultados prácticos entre los jefes expedicionarios. Uno de ellos, el más trascendental, fué el de tratar con el gobierno de Juárez sobre las reclamaciones de las tres potencias. Los emisarios que habían ido a la capital regresaron en los últimos días de enero con la respuesta del gobierno. La respuesta era conciliatoria, hábil y, en definitiva, colocaba a los representantes extranjeros en el terreno de la negociación. No había en ella una palabra de soberbia y precisamente en esto radicaba la fuerza de Juárez. ¿No buscaban armonía los aliados? Aquí estaba. Desde aquel mismo momento la expedición había fracasado, por lo menos en lo que respecta a los puntos de vista franceses. "No cree el gobierno mexicano —decía el documento— que tres grandes potencias se hayan coligado para venir a esterilizar en un día los heroicos esfuerzos que un pueblo amigo ha hecho durante tres años para seguir el camino del progreso y de mejoras materiales, en que ellas, como maestras, le han servido de guía y de ejemplo; confía, por el contrario, en que presenciando sus representantes ese movimiento regenerador y lleno de vida que el gobierno de la Reforma ha dado a esta nación, encadenada antes por las preocupaciones, consumarán la grande obra de la pacificación de México..."

Por lo tanto, la idea de la guerra se aleja; pero como esto no es suficiente para garantizar la paz, se llega a las concesiones: "En cuanto a las reclamaciones pendientes con las naciones aliadas, el gobierno mexicano está dispuesto a entrar en arreglos con todas y con cada una de ellas, porque tiene voluntad y medios de satisfacer cumplidamente sus justas exigencias. Quiere más todavía: quiere reparar su crédito, lastimado por faltas involuntarias y

está resuelto a hacer todo género de sacrificios para acreditar a las naciones amigas que el fiel cumplimiento de los compromisos que contraigan será en lo sucesivo uno de los principios invariables que caractericen a la administración liberal..."

Con esta respuesta llegaron también las confidencias de los emisarios, sus impresiones sobre el estado del país, especialmente de la capital, en donde habían permanecido algunos días tratados con cortesía y aun con afecto por parte de los representantes de las potencias extranjeras. Prim inquirió entonces sobre cuál era el sentimiento monárquico, tan cacareado por los emigrados mexicanos en Europa y que él no había podido encontrar en Veracruz ni en las pequeñas poblaciones ocupadas por las fuerzas aliadas. Miláns del Bosch le informó que todo era fantasía, que en la capital no había más que recelo contra los invasores y un odio cada día más violento hacia los españoles. Prim lo sospechaba ya, pero bastó esta comunicación para que comprendiera el difícil paso en que se hallaban unos ejércitos que no podían hacer la guerra, faltos como estaban de los medios más indispensables. Era necesario, pues, acentuar la prudencia —y a ello estaban ya dispuestos los plenipotenciarios ingleses— y entrar en negociaciones con Juárez, mayormente cuando la nota del gobierno de México invitaba a ello. Por eso se pasarán por alto ciertos actos hostiles, como por ejemplo una comunicación desatenta del general Zaragoza, substituto de Uraga en el mando del ejército de Oriente. Y, por acuerdo de los representantes aliados —9 de febrero de 1862—, llegará a invitarse nada menos que al ministro de Relaciones de México a celebrar una conferencia con Prim.

Iban perdiéndose así las grandes esperanzas de Francia e iba ganando cuerpo la idea de una inteligencia con el gobierno mexicano. Prim vino a ser en aquellos momentos difíciles, el artífice más destacado de esa inteligencia.